

LA ORACIÓN DE FE



Tomás Kember

Lamentablemente, hay quienes confían en la “oración de fe” como modo de ser salvo. Un ejemplo es: “Señor Jesús, sé que soy un pecador y que no merezco el cielo, pero creo que Tú moriste por mí en la cruz. Ahora, por un acto deliberado de fe, te acepto como mi Señor y Salvador, a partir de ahora, para vivir para Ti”. Luego, la persona es declarada salva. Pero, a pesar del gozo en el momento, sigue la duda: ¿Es la persona realmente salva?

Si la oración de fe fuera la manera predeterminada para llevar a las personas a Cristo, ¿por qué no hay ninguna referencia a ella en la Biblia? ¿Por qué ni Cristo ni ninguno de los apóstoles la usaron en su evangelización fenomenalmente fructífera? En nuestra prisa por querer ver más salvos, ¿estamos tratando de hacer la obra del Espíritu Santo?

En la Biblia hay personas que oraron al buscar la salvación. El publicano arrepentido, en presencia del altar y del sacrificio, dijo, golpeándose el pecho: “Dios, sé propicio a mí, pecador”, Lucas 18.13-14. Y se fue a su casa justificado. El ladrón arrepentido le pidió a Cristo que se acordara de él cuando viniera en su reino. Considerando la apariencia de Cristo, es excepcional la fe que le llevó

a tal petición. Este hombre murió con la completa seguridad de su salvación. No fue una fórmula de oración sino su fe en el Cristo lo que le salvó. Tampoco se comprometió a vivir para Cristo. Estar dispuesto a vivir para Cristo es una cosa, estar comprometido es otra, y choca con lo que realmente es entender qué significa confiar en Cristo.

Algunos piensan que Romanos 10.9 es la base para la oración de fe: “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. Los siguientes versículos (Romanos 10.14-15) dan el orden – primero el Evangelio predicado, oído, y creído (en este punto se salva el pecador), luego seguido por invocar a Cristo (confesar con la boca). Un estudio de esta expresión “invocar al Señor” muestra que es una práctica característica de todos los salvos.

Otros dicen al pecador: “Entrégate a Cristo”. Suena muy bonito, pero ¿es bíblico? La salvación es lo que Cristo hace a favor del pecador. La consagración o devoción (dar nuestro corazón o amor a Cristo) es lo que un salvo hace para Cristo. La salvación es primero, la consagración segundo. En la estructura de Romanos se confirma

lo mismo. El pecado (capítulos 1-3), la salvación (capítulos 4-5), el bautismo (capítulo 6), la victoria sobre el pecado en la vida del creyente (capítulos 7-8), un paréntesis sobre Israel (capítulos 9-11), y el dar a Dios todo dentro del cuadro de la asamblea (capítulos 12-16). Pablo dice: “Así que, hermanos (personas ya salvas), os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”, Romanos 12.1. Tal entrega le conviene a todo salvo, pero es imposible para un inconverso.

Si usted no es salvo, no piense en lo que puede darle a Cristo, sino en lo que Él le quiere dar. “La dádiva de Dios es vida eterna”, Romanos 6.23. El pecado ha contaminado al pecador, imposibilitando que Cristo acepte algo de sus manos. No vale la entrega del pecador, sino la de Cristo en la cruz. Pablo lo reconoció y nunca se olvidó del “que me amó y se entregó a sí mismo por mí”, Gálatas 2.20.

